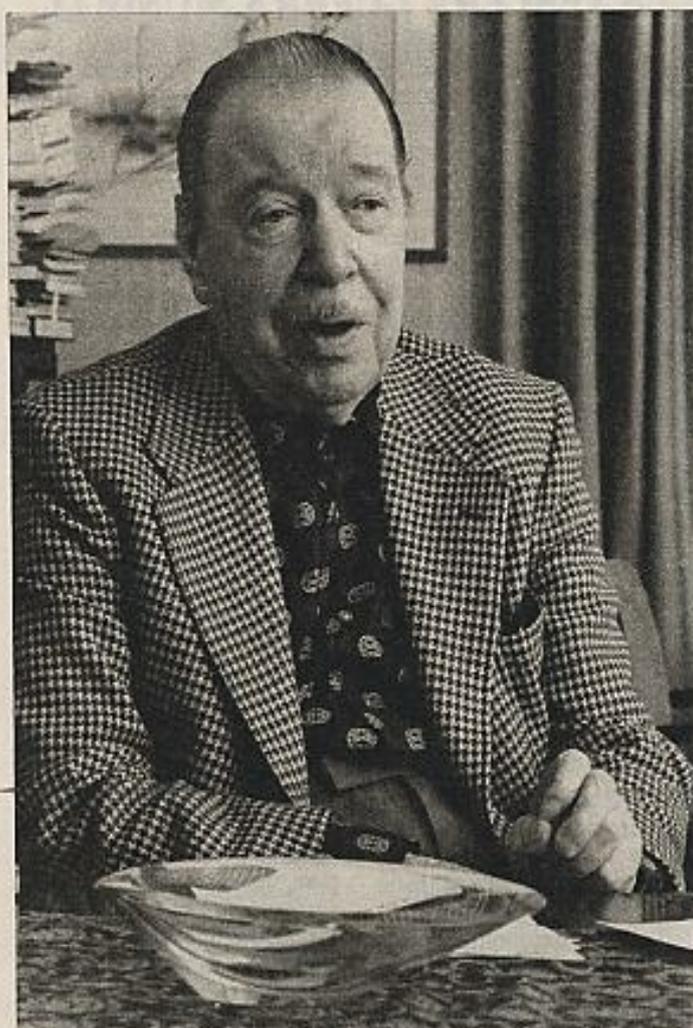


ENCERRADAS en los cajones del severo despacho paterno, las aventuras del médico Sinuhé, permanecían vedadas a los niños y adolescentes de los años cincuenta. Demasiado atrevimiento en las crudas escenas en que el doctor vende su honor, sus útiles médicos y hasta el dinero para embalsamar a su padre, por el deleitoso amor de una malvada cortesana de cabeza rapada y uñas vampíricas. Naturalmente cuando Hollywood hiciera su dudosa versión, el "4" (gravemente peligrosa, aun para personas formadas) impediría de nuevo tomar contacto con tan apasionante tema.

La otra cara de la cuestión es que en una época de feroz censura literaria, de libros en el índice, de vetos y prohibiciones de todas clases, "Sinuhé el egipcio", la más famosa novela del ahora fallecido Mika Waltari, se vendía normalmente en la España de los medio monjes, medio soldados. Hay una explicación simple. Si la historia de Sinuhé es un relato de pecado no lo es menos de arrepentimiento. Si un politismo sirve de marco, hay también la presencia y hasta el martirio de un faraón monoteísta. El nacional catolicismo de nuestra Iglesia, vencedora en la cruzada, no paso por alto estas circunstancias, pues como explicarían en aquellos círculos de "personas formadas", había en el autor "como un milagroso instinto por llegar a la verdad", aunque al tener la desgracia de nacer en un país nórdico no había tenido la dicha de ser católico.

En efecto, no iba desentaminada la censura española al "pasar" las obras del escritor finlandés. Waltari, estudiante de Teología en su juventud y perpetuamente obsesionado — como la mayoría de los escritores nórdicos — por el problema de Dios y de la religión venía como anillo al dedo para llenar las pobres aspiraciones culturales de los españoles de la época. Por si fuera poco, en su condición de nacionalista finlandés en su ju-



Mika Waltari: la herejía tolerada

ventud, y autor de la obra "No moriremos nunca", sobre la guerra entre Rusia y Finlandia, hubo de padecer un intento, por otro lado, de ser incluido como literato militante anticomunista en la guerra fría.

Era el signo de la época. Todos los escritores que se leían de manera masiva, eran presentados como paladines de la civilización cristiano-occidental. Así, la misionera premio Nobel, Pearl S. Buck, con su visión caritativa, paternalista, de la China y sus miserias. Y más militante en su catolicismo antiizquierdista, Maxence Van der Meersch y el exiliado Lajos Zylahi. Después, Pasternak.

Naturalmente que la ma-

nipulación citada era más por parte de ciertas editoriales, algunas vinculadas a la CIA, y de las censuras nacionales que de los propios autores. El truco consistía en publicar ciertas obras y ocultar otras, prologar intencionadamente y hasta manipular convenientemente las traducciones, que de todo había. Luego se fueron descubriendo cosas. Por ejemplo, el caso de Graham Greene, uno de los autores más paseados y recomendado como anticomunista; con el tiempo sabríamos de su postura antilimpialista y de su durísima condena a los Estados Unidos y al catolicismo ultraderechista. Pearl S. Buck terminó su vida pidiendo un claro com-

promiso de los intelectuales en su lucha contra las diferencias de clase y de la explotación capitalista de unos países por otros, y el propio Mika Waltari, académico en su país, demostró ser un hombre progresista que nunca se dejó seducir por el anticomunismo cerril e interesado.

Sin embargo, durante un tiempo todo este juego de intereses terminó por radicalizar la postura de los lectores más críticos que veían en estos autores de "best sellers" casi meros agentes americanos, escritores al dictado de la reacción y, desde luego, autores menores. Y lo cierto es que con ellos nos quitaron los últimos destellos del aventurerismo en la novela, de esa condición de diversión que nunca debió perder la literatura. Somerset Maugham y sus exóticos cruceros, Pearl S. Buck en el lejano gran Oriente y el propio Mika Waltari en los remotos mundos del Egipto de Aken Aton o Etruria, fueron un poco el canto del cisne de la novela de viajes y aventuras del siglo XIX.

Grandioso en ciertas descripciones y generalmente banal en sus conclusiones; sobriamente explicativo, a veces, y melodramático, otras, Mika Waltari es un escritor que raras veces ha sido acusado de falta de rigor en el marco histórico en que coloca a sus personajes. Ciertamente los resultados son también muy irregulares y así mientras "Sinuhé" (1945) es una obra amenísima, "El etrusco" (1957) es una novela que hay que tomarse con mucha paciencia.

Casi ciego en sus últimos años, y perdida ya su habitual decisión por escribir obras planeadas y ejecutadas a lo largo de varios años, Mika Waltari ha tenido que esperar a morir, a los setenta y un años, para que algo quede donde debe. Para recuperar la ecuanimidad de su figura y su obra que sin grandes pretensiones, fue leída por millones de personas en 22 lenguas. Por algo será. ■

RAMIRO CRISTOBAL.